

El llanero y la colonización de Oriente

Escribe: MARIA TERESA COBOS

“...Es que —dijo don Rafo— esta tierra lo alienta a uno para gozarla y para sufrirla. Aquí, hasta el moribundo ansía besar el suelo en que va a podrirse. Es el desierto, pero nadie se siente solo: son nuestros hermanos el sol, el viento y la tempestad. Ni se les teme ni se les maldice...”.

(J. E. Rivera: *La vorágine*).

Los dilatados territorios de los Llanos de la Orinoquia que corresponden a Colombia cubren la zona que se extiende entre la Cordillera Andina y el Orinoco. Sobre ellos está determinada buena parte de las fronteras patrias. Solo la intendencia de Arauca linda con Venezuela en más de cuatrocientos kilómetros. Administrativamente se reparten entre los departamentos de Boyacá (prefectura de Casanare) y Meta, la intendencia de Arauca y la comisaría del Vichada, ocupando más de un cuarto de la superficie del país y habitados por solo algo más del uno y medio por ciento de la población total de Colombia. Constituyen sabanas despejadas que hacen horizonte por doquier, apenas interrumpidas por fajas selváticas o bosques galería. Los ríos y caños que las cruzan rebosan durante el invierno, inundando grandes porciones de terreno. Por el contrario, en el verano yacen exhaustos de caudal.

Tradicionalmente, los Llanos han ofrecido un gran incentivo a la formación de mitos y leyendas y han sido el tema de varias novelas y de relatos de viajeros; literatura que ha entregado una visión un tanto deformada de la realidad de estas comarcas al insistir en demasía en los graves peligros que acechan al hombre, aunque en su mayoría imaginarios. Pues en verdad es uno de los paisajes que más afecta la imaginación por su naturaleza salvaje y de espacios abiertos, límpidos, silenciosos y sombríos. Ahí está el trópico misterioso, cuya ecuación es tierra y cielo. Sus ríos y caños guardan especies exóticas, algunas temibles —tembladores o gimnotos, caribes, payaras, bagres, caimanes—; sus montes guarecen animales curiosos —chigüires (roedor gigantesco), cunaguaros, venados, diversos tipos de reptiles— y la exuberante vegetación de sus vegas, montes y selvas cobija gran variedad de volatería —vistosas ibis y corocoros, turpiales, chenchenas, silbadores—. En aquellas latitudes no cuentan las ho-

ras ni las distancias. El hombre indemne reta y se bate contra los elementos de la naturaleza. Esta es la tierra del caballo, de la copla y del cimarrón indómito, magnificada por la epopeya de la independencia y por el patético cendal de los garceros.

Los contrastes del clima son fuertes. En la temporada invernal, abril a octubre, normalmente caen lluvias torrenciales. Toda la tierra es avasallada por las aguas. Las praderas tornan en inmensos lagos, cuando no en mares turbios donde solo afloran esbeltas palmas e islas de verdura. Entonces el ganado se hunde en el lodo o se refugia en los sitios altos. El tránsito de los caminantes y el transporte por tierra se hacen casi imposibles. En verano, por el contrario, de diciembre a marzo inclusive, viene la sequía, los terrenos se resquebrajan, las sabanas aridecen y la vegetación se reduce a polvo. El ganado emigra en pos del agua y hasta el bosque mismo pierde sus hojas.

Se ha hablado de que en la preconquista los Llanos estaban tan poblados que emprender el cómputo de sus nativos era lo mismo que contar las arenas del mar. También se ha insistido en la ingente riqueza ganadera de la zona, calculada en millones de cabezas; y en los tesoros enterrados, en joyas y en relucientes "morrocotas", de las antiguas misiones jesuítas. Asimismo de cuantiosos capitales acumulados por los primeros colonizadores escondidos bajo tierra cerca del horcón que sostenía su primitiva vivienda. Estas leyendas se prolongan con las descripciones de ese personaje semimítico que es el llanero, hombre de extraordinario valor, libertador de cuatro o cinco naciones, rebelde permanente y de muchos más atributos que colman la imaginación de la gente y que a veces se dejan oír en muy serios discursos políticos. Sin embargo, todo esto no pasa de ser sino fábula, pues la realidad es diferente. Pocos se han preocupado por observar de cerca, objetiva y desapasionadamente, a esta cuarta parte de la república que en la práctica sobrevive olvidada por gobiernos y políticos, y totalmente al margen de las modernas teorías del desarrollo, tan en boga.

Los llanos de oriente están habitados por una humilde población que vive en continua lucha contra el medio y contra el indígena, que está en vías de perder su identidad cultural, más misérrimo que aquella; ambos acosados por las enfermedades y la desnutrición. Caracterizar antropológica y sociológicamente al llanero es un problema difícil, por cuanto en él se conjugan diferentes estados de desarrollo social. Su sistema de vida y sus hábitos en verdad no llenan las características del campesino o del hombre de ciudad, como tampoco las del cazador o del pastor, en sentido estricto. Son muchos y muy complejos los factores que intervienen en la clasificación del habitante del llano. La documentación disponible es escasa y faltan estudios sobre su formación socio-económica.

La procedencia del llanero es serrana y su sangre mezclada con la del indio. Vive en los hatos, en construcciones provisionales, pobres e insalubres, que frecuentemente abandona. La prestación de su mano de obra es intermitente, pues nada le ata a su patrón. Sus contratos de trabajo son cortos y gusta cambiar de lugar y ambiente. En cierto sentido es un nómada. Su ganado procede de la hierra de orejanos y mostrencos. Su agri-

cultura se reduce al conuco, pequeña sementera de plantas alimenticias en las vegas de los ríos o caños, que apenas alcanza a nutrir su familia; por lo cual lo abandona ante cualquier peligro o señales de agotamiento del suelo. Por otro lado, más que pastor o cazador es un *llanero*, vale decir, un tipo humano de transición entre cazador, pastor y campesino. Se le puede considerar también como "colono de frontera". Pues en cierto modo prolonga los episodios de la conquista y de la primitiva colonización, abriéndose paso con elementos rudimentarios que están en franca desproporción con los tiempos actuales. Y sin embargo, fue ese hombre quien, pese a todo, ha llegado efectivamente a colonizar y a preparar para la incorporación a la economía nacional buena porción de la república.

Estos esfuerzos de colonización se remontan al tiempo de la llegada de los primeros conquistadores. Ya desde entonces surge el *llanero* que remplazará al soldado. Es él quien persiste en sujetar la población aborigen y realizar los primeros intentos de explotación agropecuaria y minera. Aprovechando estos esfuerzos, misioneros jesuitas fundan pueblos, misiones y hatos en las orillas de los ríos Orinoco, Meta y Casanare, y también en el llano adentro; trabajos que quedaron truncados a raíz de la expulsión de la Compañía de Jesús de los dominios de la corona española en América (1767). Pero el *llanero* prosiguió con tesón en sus empeños.

Durante la colonia se establecieron en terrenos próximos a la cordillera, como prolongación de las encomiendas del "pie de monte", grandes hatos y fundaciones de particulares, que decayeron al tiempo de la independencia. Pero ello no ahuyentó al *llanero* de su paisaje, al contrario, su participación en estas guerras fue, como sabemos, trascendental. Luego, durante la república, nuevas corrientes colonizadoras descendieron desde la cordillera al llano, erigiéndose poblaciones y hatos. Las guerras civiles de Colombia y Venezuela afectaron sobre todo al llano: originaron el empobrecimiento de los recursos humanos y económicos, y la paulatina desaparición de pueblos otrora importantes, como fueron Santiago de las Atalayas, San Miguel de Macuco, Moreno, Maquivor, Pore, etc. Además abrieron los llanos a sucesivas oleadas de "personas desplazadas" que dieron a estos territorios la mala fama de guarida de bandolerismo y de gentes sin ley.

En la segunda mitad del siglo XIX llegan nuevas oleadas de colonos y comerciantes venezolanos, a más de algunos negociantes extranjeros. Se intensifica la navegación fluvial por el Orinoco y el Meta, pero el llano absorbe estos nuevos elementos. Los continuadores de los comerciantes de antaño, establecidos en pueblos hoy día decadentes, por ejemplo Orocué, son los *chicharroneros*, traficantes ambulantes de los grandes ríos de la llanura, con todos los atributos del *llanero*.

Desde la iniciación de la violencia nuevas corrientes migratorias, desde la cordillera y del "pie de monte", pasan hacia el oriente y el sur, presionadas por las gentes de la zona andina y desplazadas por la falta de medios de subsistencia en las laderas de las montañas y en los valles de los Andes; proceso de inmigración que se está acelerando año por año. La corriente humana que se moviliza hacia los llanos es generalmente de

procedencia humilde. Esta inmigración ha aumentado desde cuando quedó franqueada la carretera Bogotá-Villavicencio-Puerto López, tiempo en que centenares de personas se marcharon a establecerse en Villavicencio —la puerta de los Llanos— y sectores aledaños, cuya población rural y urbana se ha más que duplicado en los últimos quince años. Extensas áreas de bosques han sido desmontadas y transformadas en potreros (cebaderos para el ganado) y plantaciones. No hace un decenio en el trayecto entre Villavicencio y Puerto López —apunta un viajero— había solo humildes chozas y novillos flacos. En la actualidad el paisaje ha cambiado: lozanos campos donde pastan vacunos gordos alternan con extensos arrozales (1).

La economía de los llanos, antes la región ganadera por excelencia, está en un período de transición, pues la técnica está proporcionando a la agricultura extensas zonas del pie de monte que producen con éxito arroz, maíz, ajonjolí, algodón, etc. En el departamento del Meta progresa la ganadería, gracias al mejoramiento de razas, insecticidas y mejor cuidado.

Por su parte, la época de la violencia contribuyó a la apertura de nuevas vías de penetración hacia el oriente. Estas son las rutas que el llanero está aprovechando para alejarse del inmigrante del interior, del llamado *reinoso* o *guate*, de quien desconfía porque lleva consigo el alambre de púas y cerca la tierra para poseerla en propiedad. El enemigo de este y del llanero es el dueño de hato, quien por todos los medios intenta someter a apropiación privada parte de las sabanas donde pasta su ganado, considerando como "su sabana" la extensión que alcanzan a cobijar sus reses y atajos y en consecuencia prohíbe en ellas hasta los derechos de pesca y caza. Basa este derecho sobre lo que en el llano se denomina "cautivar una sabana", como si esta acción fuera equivalente a cultivarla. Es apoyado por una organización judicial y administrativa aparentemente concebida para erradicar el bandolerismo, pero que en la realidad está respaldando la implantación de la ley del criador y reduciendo a delito el aprovechamiento de una bestia salvaje aunque sea para sobrevivir, catalogándolo como auténtico bandolerismo, que ha sido el secular problema del llano.

Ambos, colono agricultor y dueño de hato, van empujando al llanero "llano adentro". Los que logran resistir este empuje y conservar pequeñas labranzas están en vías de desaparecer, porque se les está quitando sus tradicionales recursos de vida (cimarroneras, aguas, leña, colmenas y la tierra del conuco). Las sabanas y el ganado cimarrón, estimados durante siglos como un bien libre o semilibre, con respecto de los cuales, por costumbre, se ha venido ejerciendo libre aprovechamiento, hoy en día están adquiriendo *status* de propiedad privada, cuya transgresión se castiga severamente por las autoridades.

Esto ha originado una transformación radical en los llanos, preferentemente en el borde llanero. El choque es comprensible. El llanero que siempre ha considerado las sabanas y el ganado que allí se multiplica es-

(1) Véase, Raymond E. Crist: *El Oriente, tierra de promisión. De la sierra de la montaña donde están las nuevas tierras*. En "Américas". Unión Panamericana. Washington, julio de 1961.

pontáneamente como *resnullius*, lo mismo que el aprovechamiento de las aguas y bosques, no comprende fácilmente el cambio que le ha ido imponiendo el nuevo orden de cosas. Como antes las fincas no estaban cercadas, los rebaños vagaban libremente. Por tanto, la apropiación de la tierra venía a ser una adquisición de facto de cada dueño de hato. Asimismo, las vaquerías se efectuaban de concierto entre los vecinos, recogiendo y marcando cada cual con su hierro cuanto cimarrón caía en el rodeo, o en cualquier momento, por el derecho natural del brazo armado de un lazo. Esta forma primitiva fue la que prevaleció dentro de las condiciones del medio. En cierto modo incluía algo de abigeato y no era simplemente un trabajo sino también un pasatiempo del habitante de la llanura, en que la fuerza era un derecho.

Nosotros sabemos que en esta lucha es el llanero el que lleva las de perder. Sin embargo, él todavía no ha tomado conciencia de su adversa situación y, aunque desamparado, se opone a ella. Muchas veces tiene que huir hacia el interior, pero los inconformes adoptan métodos violentos (abigeato, ataques a los hatos y fundaciones, etc.) lo cual conduce a que el llano viva en constante tensión social, apenas controlada por las autoridades.

De este modo está en vías de desaparecer este tipo humano forjado por las gloriosas páginas de la historia: conquista de tierras vírgenes, salvaguarda y expansión de la soberanía nacional en territorios que nunca hubieran podido ser preservados por una administración desde la lejana zona andina. Los vehículos motorizados están sustituyendo al caballo, vital compañero del llanero. Radio y transistor desplazan el tiple y la bandola. Y así es como nos vamos despidiendo de este elemento que jugó tan trascendental papel en la historia patria, y que hasta hace poco había conservado formas de vida tan peculiares como era el desconocimiento de la propiedad sobre la tierra y el libre aprovechamiento de los recursos que brinda la naturaleza.